

Claves del pensamiento de Benedicto XVI sobre la Universidad

*Una mirada a los discursos del Santo Padre
en los ambientes académicos de Ratisbona,
Roma, Washington D.C. y París*

DELEGACIÓN DE PASTORAL UNIVERSITARIA DE MADRID



JUNIO DE 2011

INTRODUCCIÓN

Un Papa con experiencia de profesor universitario se ha dirigido en varias ocasiones a los ambientes académicos con mensajes de gran actualidad. En ellos ha mostrado su simpatía por la Universidad y su admiración e interés por el trabajo, a veces arduo y fatigoso, de los profesores dedicados a la investigación y la formación de las nuevas generaciones. Quisiéramos echar una mirada retrospectiva a los puntos principales de sus discursos académicos¹ para iluminar con la claridad de su pensamiento el tema siempre actual de la educación universitaria.

El antiguo profesor de la Universidad de Bonn, al recordar los inicios de su actividad docente en 1959, destaca como en su universidad «se daba un contacto muy directo con los alumnos y sobre todo entre los profesores» y describe así una viva experiencia de Universidad:

Nos reuníamos antes y después de las clases en las salas de profesores. Los contactos con los historiadores, los filósofos, los filólogos y naturalmente también entre las dos facultades teológicas eran muy estrechos. Una vez cada semestre había un *dies academicus*, en el que los profesores de todas las facultades se presentaban ante los estudiantes de la universidad, haciendo posible así una experiencia de *Universitas*; es decir, la experiencia de que, no obstante todas las especializaciones que a veces nos impiden comunicarnos entre nosotros, formamos un todo y trabajamos en el todo de la única razón con sus diferentes dimensiones, colaborando así también en la común responsabilidad respecto al recto uso de la razón: era algo que se experimentaba vivamente².

¹ De las numerosas alocuciones del Santo Padre a personajes del ambiente académico, el presente escrito sintetiza cuatro discursos en los que el Papa expresa claramente las claves de su pensamiento sobre la universidad. En primer lugar, el famoso *Discurso en la Universidad de Ratisbona*, pronunciado el 12 de septiembre de 2006 y titulado “*Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*”. En segundo lugar, el texto de la conferencia preparado para el encuentro con la Universidad de Roma “la Sapienza” previsto para el 17 de enero de 2008, pero cancelado el 15 de enero. En tercer lugar, el *Discurso a los Educadores Católicos* en el Salón de Conferencias de la Universidad Católica de América, Washington, D.C, el 17 de abril de 2008. Por último, el Discurso del Santo Padre durante el Encuentro con el Mundo de la Cultura en el *Collège des Bernardins* de París el 12 de septiembre de 2008.

Este escrito tiene el carácter de síntesis, por lo que no se preocupa de referir exhaustivamente todas las citas del Santo Padre, sino que reuniendo bajo un orden temático los puntos principales de los discursos ya mencionados, intenta facilitar al lector una comprensión clara de las claves del pensamiento del Papa sobre la Universidad.

² BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad de Ratisbona, septiembre de 2006.

La unidad de fondo entre las múltiples especialidades aparece en la experiencia del Papa como una clave importante de su pensamiento sobre la universidad. La unidad del todo, que no elimina las diferentes dimensiones del conocimiento, hace que todos compartan una misma responsabilidad respecto al recto uso de la razón. Este será un tema constante en todos sus discursos universitarios, pero antes de entrar en el contenido de sus mensajes, consideremos un momento la pregunta que el mismo Papa se plantea al inicio de su discurso a la Universidad de Roma.

¿Qué le puede y qué le debe decir el Papa a la Universidad?

Ahora Papa y ya un tiempo profesor universitario, Benedicto XVI puede hablar a la Universidad como Obispo de Roma y como docente universitario. Siendo un hombre reconocido por su capacidad intelectual en amplios sectores del mundo académico, su palabra tiene ya un peso significativo en la universidad. Pero como Pastor de la Iglesia Universal, se podría objetar que su mensaje a la universidad no puede ser válido para quien no comparte la fe cristiana.

Ciertamente, su misión como Papa se dirige en primer lugar al cuidado de la comunidad de los creyentes y a mantenerlos unidos en su camino hacia Dios, indicado por Jesús según la fe cristiana; y no sólo indicado, pues Jesús mismo es para los cristianos el camino. Pero la comunidad cristiana vive en el mundo, por lo tanto, el camino, el ejemplo y la palabra del Papa que la guía influyen inevitablemente en todo el resto de la comunidad humana en su conjunto. Hoy vemos con mucha claridad cómo las condiciones de las religiones y la situación de la Iglesia —sus crisis y sus renovaciones— repercuten en el conjunto de la humanidad. Por eso el Papa, precisamente como Pastor de su comunidad, se ha convertido cada vez más también en una voz de la razón ética de la humanidad.

Precisamente porque habla como representante de una comunidad creyente en la cual durante los largos siglos de su existencia ha madurado una experimentada sabiduría de vida, el Papa habla como representante de una comunidad que custodia en sí un tesoro de conocimiento y de experiencia éticos, que resulta importante para toda la humanidad. En este sentido habla como representante de una razón ética. El mismo Papa lo explica así en el discurso que preparó para la Universidad de Roma³, en

³ Cf. BENEDICTO XVI. Texto de la conferencia preparada para la "Sapienza, Universidad de Roma", enero de 2008. Durante las dos semanas anteriores a la conferencia, numerosas protestas estudiantiles y una petición de más de cien profesores habían pedido al Rector que, en nombre de una universidad laica, retirara al Santo Padre la invitación de inaugurar con su conferencia el año académico. La conferencia fue

donde pone de relieve las explicaciones de John Rawls para argumentar cómo una norma moral puede verdaderamente presentarse como “razonable”.

En efecto, según Rawls, si bien no se puede reconocer a todas las doctrinas religiosas el carácter de “razón pública”, si se puede reconocer en ellas un criterio de racionalidad por el hecho de que derivan de una tradición responsable y motivada, en la que en el curso de largos tiempos se han desarrollado argumentaciones suficientemente buenas como para sostener su respectiva doctrina. Así pues, la experiencia comprobada a lo largo de generaciones y el fondo histórico de la sabiduría humana, son también un signo de la racionalidad y del significado duradero de las doctrinas religiosas.

Frente a una racionalidad secularísticamente endurecida, que trata de construirse a sí misma solamente en una racionalidad sin historia, la sabiduría de la humanidad como tal —la sabiduría de las grandes tradiciones religiosas— se debe valorar como una realidad que no se puede impunemente tirar a la papelera de la historia de las ideas.

Por lo tanto, el Papa habla a la Universidad no sólo con el respaldo de su propia experiencia como profesor, sino también como voz de una razón ética. Habla como representante de una comunidad creyente que vive en el mundo e influye en él, y que a lo largo de los siglos se ha enriquecido con la experiencia y sabiduría de generaciones de hombres, entre ellos también grandes intelectuales.

“¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la universidad?” El mismo Papa se planteó esta pregunta al final de su conferencia preparada para la Universidad de Roma, en la respuesta indica que su misión es la de mantener despierta la sensibilidad por la verdad e invitar a la razón a buscar la verdad y el bien, y a buscar a Dios:

¿Qué tiene que hacer o qué tiene que decir el Papa en la universidad? Seguramente no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad. Más allá de su ministerio de Pastor en la Iglesia, y de acuerdo con la naturaleza intrínseca de este ministerio pastoral, tiene la misión de mantener despierta la sensibilidad por la verdad; invitar una y otra vez a la razón a buscar la verdad, a buscar el bien, a buscar a Dios; y, en este camino, estimularla a descubrir las útiles luces que han surgido a lo largo de la historia de la fe cristiana y a percibir así a

cancelada por decisión del Santo Padre dos días antes de la fecha prevista. Una parte del texto de la conferencia cancelada precisa: “Es cierto que en otros tiempos la “Sapienza” era la universidad del Papa; pero hoy es una universidad laica, con la autonomía que, sobre la base de su mismo concepto fundacional, siempre ha formado parte de su naturaleza de universidad, la cual debe estar vinculada exclusivamente a la autoridad de la verdad. (...) el Papa en la universidad... no debe tratar de imponer a otros de modo autoritario la fe, que sólo puede ser donada en libertad”.

Jesucristo como la Luz que ilumina la historia y ayuda a encontrar el camino hacia el futuro⁴.

⁴ BENEDICTO XVI. Texto de la conferencia preparada para la "Sapienza, Universidad de Roma", enero de 2008.

I. FE Y RAZÓN EN LA UNIVERSIDAD

En su discurso de Ratisbona, el Santo Padre recuerda la cohesión interior que existía entre todas las facultades de la Universidad. También las facultades de teología realizaban un trabajo que formaba parte de la *Universitas scientiarum*, y aunque no todos podían compartir la fe, en el conjunto de la Universidad de Bonn estaba fuera de discusión que seguía siendo necesario y razonable interrogarse sobre Dios por medio de la razón y en el contexto de la tradición de la fe cristiana. Nos encontramos aquí frente a una de los pilares del pensamiento del Papa: la justa relación entre la fe y la razón, un tema clave también para su idea de la universidad.

El encuentro entre la fe bíblica y el filosofar griego

Como punto de partida para abordar el tema central de la relación entre fe y razón, el Santo Padre citó -en su discurso de Ratisbona- un extracto del coloquio del Emperador Bizantino Manuel II (s. XIV) con un persa culto en el que hablaban sobre el Cristianismo y el Islam. La idea que el Papa resalta del dialogo es que no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios y la naturaleza del alma:

Dios no se complace con la sangre —dice el Emperador Bizantino—; no actuar según la razón (*συν λόγῳ*) es contrario a la naturaleza de Dios. La fe es fruto del alma, no del cuerpo. Por tanto, quien quiere llevar a otra persona a la fe necesita la capacidad de hablar bien y de razonar correctamente, y no recurrir a la violencia ni a las amenazas... Para convencer a un alma racional no hay que recurrir al propio brazo ni a instrumentos contundentes ni a ningún otro medio con el que se pueda amenazar de muerte a una persona»⁵.

La afirmación decisiva por la que el mismo Papa dice que citó al Emperador Bizantino es: “no actuar según la razón (*συν λόγῳ*, *con el logos*) es contrario a la naturaleza de Dios”. La frase del Emperador es fruto del encuentro entre el pensamiento griego y la fe bíblica, y de la relación esencial que existe entre la razón y la fe. De hecho, la palabra

⁵ Para la cita del Santo Padre *cf.* Controversia VII 2c: Khoury, pp. 142-145; Förstel, vol. I, VII. Dialog 1.5, pp. 240-243. Una parte de la citación (que aquí no copiamos) critica la difusión de la fe por medio de la violencia, y fue interpretada como posición personal del Papa suscitando considerables indignaciones en el mundo musulmán. El Santo Padre lamentó la mala interpretación de la cita y clarificó que, si bien está de acuerdo en ese punto con el Emperador Manuel II, el Papa no asume su polémica, y expresando su valoración personal y respeto al Corán, “libro sagrado de una gran religión”, el Santo Padre manifestó que sólo quería poner de relieve la relación esencial que existe entre la fe y la razón.

logos que el Emperador emplea para hablar de la razón es exactamente la palabra que indica mejor la síntesis del pensamiento griego y es también la palabra que usa San Juan al inicio de su evangelio: «En el principio ya existía el Logos».

Logos significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora — como enseña la Biblia— y capaz de comunicarse —como lo desarrolla el pensamiento griego. San Juan nos ha brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios y lo ha puesto en consonancia con lo mejor del pensamiento griego: «en el principio existía el *Logos*, y el *Logos* es Dios». San Pablo también ha puesto la fe en relación con el *logos* al utilizar el adjetivo *logiké*, derivado de la palabra *logos*, para calificar el culto cristiano (cfr. *logiké latreia* — culto razonable, Rm 12, 1). El Santo Padre explica que esta expresión de San Pablo se refiere a un culto que concuerda con el Verbo eterno y con nuestra razón.

Es claro entonces que el Nuevo Testamento afirma la relación esencial entre razón y fe. En la Biblia Dios se ha manifestado verdaderamente como *logos* y ha actuado y actúa como *logos* lleno de amor por nosotros. Dios actúa «συν λόγῳ», con *logos*, es decir, según la razón y también el culto de los cristianos debe ser *logiké*, razonable. Por eso el Emperador Manuel II afirmó con verdad que «no actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios».

El encuentro entre el mensaje bíblico y el pensamiento griego no fue una simple casualidad, había una necesidad intrínseca de un acercamiento entre la fe bíblica y el filosofar griego. Los cristianos de los primeros siglos percibieron la relación esencial entre fe y razón y acogieron los interrogantes de la filosofía griega en el ámbito de la fe bíblica, dando origen al ambiente en el que nacería la Universidad.

El nacimiento de la Universidad

En su discurso a la Universidad de Roma, el Papa afirma que el verdadero origen de la universidad está en el afán de conocimiento propio del hombre. Naturalmente, el hombre quiere saber qué es todo aquello que le rodea, quiere la verdad. En este sentido, podemos decir que el impulso del que nació la universidad occidental fue el cuestionamiento de Sócrates. Un ejemplo claro es su cuestionamiento sobre la religión mítica, dirigida a Eutifrón: "¿Tú crees que existe realmente entre los dioses una guerra mutua y terribles enemistades y combates...? ¿debemos decir que todo eso es efectivamente verdadero?"⁶. En esta pregunta, Sócrates muestra una

⁶ SÓCRATES, *Dialogo con Eutifrón*, 6 b-c. El Santo Padre cita el dialogo en su conferencia para la Sapienza, Universidad de Roma.

religiosidad más profunda y más pura de la búsqueda de Dios que la religiosidad mítica, muestra una religiosidad apoyada en la razón.

Los cristianos de los primeros siglos se reconocieron a sí mismos y a su camino en esta religiosidad según la razón. Comprendieron su fe como la disipación de la niebla de la religión mítica, como el descubrimiento de aquel Dios que es Razón creadora y al mismo tiempo Razón-Amor. Por eso, el interrogarse de la razón sobre el Dios más grande, así como las preguntas sobre la verdadera naturaleza y el verdadero sentido del ser humano, eran parte esencial de su modo de ser religiosos. Los cristianos de los primeros siglos acogieron el interrogante socrático y reconocieron como parte de su propia identidad la búsqueda fatigosa de la verdad íntegra por medio de la razón. Fue así como en el ámbito de la fe cristiana podía, más aún, debía nacer la universidad.

Ahora bien, es necesario dar un paso más. La verdad es ante todo algo del ver, del comprender, de la *theoría*, como la llama la tradición griega. Pero la verdad nunca es sólo teórica. San Agustín habló de una reciprocidad entre "*scientia*" y "*tristitia*": el simple saber —dice— produce tristeza. Y, en efecto, quien sólo ve y percibe todo lo que sucede en el mundo acaba por entristecerse. Pero la verdad significa algo más que el saber: el conocimiento de la verdad tiene como finalidad el conocimiento del bien. Este es también el sentido del interrogante socrático: ¿Cuál es el bien que nos hace verdaderos? La verdad nos hace buenos, y la bondad es verdadera: este es el optimismo que reina en la fe cristiana, porque a ella se le concedió la visión del *Logos*, de la Razón creadora que, en la encarnación de Dios, se reveló al mismo tiempo como el Bien, como la Bondad misma. Así pues, en el origen de la Universidad están tanto la búsqueda de la verdad por medio de la razón como la alegría de la fe que revela la bondad intrínseca de toda verdad.

Fe y razón en la Universidad moderna

¿Pero qué tiene que ver la relación entre fe y razón con la Universidad moderna? En los primeros años de su actividad académica, el antiguo profesor de la Universidad de Bonn recuerda como en la facultad de teología ejercían un gran influjo las ideas de Adolf von Harnack, cuyo objetivo de fondo era hacer que el cristianismo estuviera en armonía con la razón moderna, librándolo de elementos que no fueran «científicos», como por ejemplo la fe en la divinidad de Cristo y en la trinidad de Dios. Para Harnack, la teología es algo esencialmente histórico y, por tanto, estrictamente científico. Sólo lo que se investigue mediante la crítica es, por decirlo así, expresión de la razón práctica y, por consiguiente, sólo esto puede estar presente en el conjunto de la universidad.

En el trasfondo de esta mentalidad subyace la autolimitación moderna de la razón, clásicamente expresada en las «críticas» de Kant. De ellas se deriva el concepto moderno de la razón, que corroborado por el éxito de la técnica, ha tenido una gran difusión en los ambientes universitarios. Tal concepto moderno de la razón presupone que la materia tiene una estructura matemática, es decir, una racionalidad intrínseca que permite al hombre comprender cómo funciona y cómo puede ser utilizada para explotar la naturaleza para sus propósitos. Para esta mentalidad, sólo la posibilidad de verificar la verdad o falsedad mediante la experimentación ofrece la certeza decisiva.

Esto implica que sólo el tipo de certeza que deriva de la sinergia entre matemática y método empírico puede considerarse científica. Todo lo que pretenda ser ciencia ha de atenerse a este criterio. Influenciadas por estas ideas, también las ciencias humanas, como la historia, la psicología, la sociología y la filosofía, han tratado de aproximarse a este canon de valor científico. Desgraciadamente, una parte importante del alcance de sus razonamientos se ha reducido a resultados meramente empíricos.

Reduccionismo de la razón

El método meramente «científico» excluye en cuanto tal el problema de Dios, presentándolo como un problema a-científico o pre-científico. De este modo nos encontramos ante una reducción del ámbito de la ciencia y de la razón que es preciso poner en discusión. Los interrogantes propiamente humanos, es decir, de dónde viene el hombre y a dónde va, los interrogantes de la religión y de la ética, no pueden encontrar lugar en el espacio de la razón común descrita por la «ciencia» entendida de este modo y tienen que desplazarse al ámbito de lo subjetivo. El sujeto, basándose en su experiencia, decide lo que considera admisible en el ámbito religioso y la «conciencia» subjetiva se convierte, en definitiva, en la única instancia ética. Pero, de este modo, la ética y la religión pierden su poder de crear una comunidad y se convierten en un asunto exclusivamente personal. La situación que se crea es peligrosa para la humanidad, como se puede constatar en las patologías que irrumpen por necesidad cuando la razón se reduce hasta el punto de que ya no le interesan las cuestiones de la religión y de la ética. Lo que queda de esos intentos de construir una ética partiendo de las reglas de la evolución, de la psicología o de la sociología, es simplemente insuficiente.

Ahora bien, si consideramos la influencia de una ética subjetiva en la sociedad moderna, nos damos cuenta de que sus consecuencias son

particularmente graves en el ámbito de la educación⁷. Cuando nada que sobrepase la subjetividad del individuo se reconoce como definitivo, el criterio último de juicio acaba siendo el yo y la satisfacción de los propios deseos inmediatos. La objetividad y la perspectiva, que derivan del reconocimiento de la dimensión trascendente de la persona humana, pueden acabar perdiéndose. En este horizonte relativista, los fines de la educación terminan inevitablemente por reducirse. Se produce lentamente un descenso de nivel. Hoy notamos una cierta timidez ante la categoría del bien y una búsqueda ansiosa de las novedades del momento que desfilan como realización de la libertad. Somos testigos de cómo se ha asumido la idea de que cualquier experiencia vale lo mismo y cómo se difunde una actitud reacia a admitir las propias imperfecciones y errores. Es especialmente inquietante la reducción de la preciosa y delicada área de la educación sexual a una gestión del “riesgo”, sin referencia alguna a la belleza del amor conyugal.

Ante la influencia tan nociva del subjetivismo en la mentalidad moderna, el Papa propone a la sociedad de hoy redescubrir por sí misma la amplitud de la razón.

La gran tarea de la Universidad: redescubrir la amplitud de la razón

El intento de crítica de la razón moderna desde su interior, que el Papa ha expuesto a grandes rasgos en su discurso de Ratisbona, no pretende retroceder al período anterior a la Ilustración, rechazando de plano las convicciones de la época moderna. El Papa insiste que se debe reconocer sin reservas lo que tiene de positivo el desarrollo moderno del espíritu. Es innegable que todos nos sentimos agradecidos por las maravillosas posibilidades que el desarrollo moderno ha abierto al hombre y por los progresos que se han logrado en la humanidad. En este desarrollo no sólo se ha abierto a la humanidad una cantidad inmensa de saber y de poder; también han crecido el conocimiento y el reconocimiento de los derechos y de la dignidad del hombre, y por esto no podemos no estar agradecidos.

Pero nunca puede decirse que el camino del hombre se haya completado del todo y que el peligro de caer en la inhumanidad haya quedado totalmente descartado, como vemos en el panorama de la historia actual. Hoy, el peligro del mundo occidental es que el hombre, precisamente teniendo en cuenta la grandeza de su saber y de su poder, se rinda ante la cuestión de la verdad. Y eso significa al mismo tiempo que la razón, al final, se doblega ante la presión de los intereses y ante el atractivo de la utilidad, y se ve forzada a reconocerla como criterio último. Dicho desde el

⁷ El Santo Padre describe tales consecuencias en su Discurso a la Universidad Católica de América, en abril de 2008.

punto de vista de la estructura de la universidad: existe el peligro de que la filosofía, al no sentirse ya capaz de cumplir su verdadera tarea, degenera en positivismo, y ceda el paso a los fríos cálculos de la utilidad pragmática, que reducen a la persona a poco más que un peón en un tablero de ajedrez ideológico.

Para evitar tal reduccionismo, el Santo Padre nos propone ampliar nuestro concepto de razón y de su uso para que a la vez que nos alegramos por las nuevas posibilidades abiertas a la humanidad, veamos también los peligros que surgen de estas posibilidades y nos preguntemos cómo podemos evitarlos. El Papa nos advierte que sólo lo lograremos si la razón y la fe se reencuentran de un modo nuevo, si superamos la limitación que la razón se impone a sí misma de reducirse a lo que se puede verificar con la experimentación, y le volvemos a abrir su horizonte en toda su amplitud.

Si la razón, celosa de su presunta pureza, se hace sorda al gran mensaje que le viene de la fe cristiana y de su sabiduría, se seca como un árbol cuyas raíces no reciben ya las aguas que le dan vida. Pierde la valentía por la verdad y así no se hace más grande, sino más pequeña, se descompone y se fragmenta.

El Papa exhorta a la Universidad moderna a tener la valentía de abrirse a la amplitud de la razón, y de no negar su grandeza. «No actuar según la razón, no actuar con el *logos* es contrario a la naturaleza de Dios», dijo Manuel II partiendo de su imagen cristiana de Dios. Hay que volver a este gran *logos*, a esta amplitud de la razón. Redescubrirla constantemente es la gran tarea de la universidad, y para cumplirla la Universidad tiene que apoyarse en ámbitos más amplios como la filosofía y la teología, cuyas miras van más allá del mero dato de hecho.

Filosofía y Teología: más allá del dato científico

La razón moderna propia de las ciencias naturales conlleva en sí un interrogante que va más allá de sí misma y que trasciende las posibilidades de su método. La razón científica moderna ha de aceptar simplemente la estructura racional de la materia y la correspondencia entre nuestro espíritu y las estructuras racionales que actúan en la naturaleza como un dato de hecho, en el cual se basa su método. Ahora bien, la pregunta sobre el por qué existe este dato de hecho, la deben plantear las ciencias naturales a otros ámbitos más amplios y altos del pensamiento, como son la filosofía y la teología. Para la filosofía y, de modo diferente, para la teología, escuchar las grandes experiencias y convicciones de las tradiciones religiosas de la humanidad, especialmente las de la fe cristiana, constituye una fuente de conocimiento; oponerse a ella sería una grave limitación de nuestra escucha

y de nuestra respuesta. La teología auténtica, como ciencia que se interroga sobre la razón de la fe, debe encontrar espacio en la universidad y en el amplio diálogo de las ciencias. La verdad de la fe y la de la razón nunca se contradicen, por este motivo la teología y la filosofía pueden colaborar para ampliar el horizonte de las ciencias en la Universidad.

Sin embargo, en las sociedades en las que la ideología secularista introduce una separación entre la verdad y la fe, se ha presentado la tendencia a equiparar la verdad al conocimiento, adoptando una mentalidad positivista que, rechazando la metafísica, niega los fundamentos de la fe y rechaza la necesidad de una visión moral. El Santo Padre insiste en que la verdad significa más que el conocimiento: conocer la verdad nos lleva a descubrir el bien. La verdad se dirige al individuo en su totalidad, invitándonos a responder con todo nuestro ser. Es la visión optimista de la fe cristiana, que como ya hemos dicho, proviene de la visión del *Logos*, la Razón creadora de Dios, que en la Encarnación se ha revelado como Dios mismo. Lejos de ser solamente una comunicación “informativa” de datos fácticos, la verdad del Evangelio es creativa y capaz de cambiar la vida, es “performativa”.

Los educadores cristianos pueden liberar a los jóvenes de los límites del positivismo y despertar su receptividad con respecto a la verdad, a Dios y a su bondad. De este modo, pueden ayudar también a la formación de la conciencia, que enriquecida por la fe, abre un camino seguro hacia la paz interior y el respeto por los demás.

Mantener despierta la sensibilidad por la verdad

La tarea de mantener despierta la sensibilidad por la verdad en la Universidad corresponde, según el Santo Padre, principalmente a las facultades de teología y filosofía. Entre las preguntas que se plantean en la Universidad, el Papa pone el ejemplo de una pregunta central para la Facultad de derecho a la que podrían colaborar las aportaciones de la filosofía y la teología. Se trata de la cuestión de cómo se puede encontrar una normativa jurídica que constituya un ordenamiento de la libertad, de la dignidad humana y de los derechos del hombre. Es la cuestión que nos ocupa hoy en los procesos democráticos de formación de la opinión y que, al mismo tiempo, nos angustia como cuestión de la que depende el futuro de la humanidad.

Jürgen Habermas expresa, según el parecer del Santo Padre, un amplio consenso del pensamiento actual cuando dice que la legitimidad de la Constitución de un país, como presupuesto de la legalidad, derivaría de dos fuentes: de la participación política igualitaria de todos los ciudadanos y de la forma razonable en que se resuelven las divergencias políticas. Con respecto a esta "forma razonable", afirma que no puede ser sólo una lucha

por mayorías aritméticas, sino que debe caracterizarse como un "proceso de argumentación sensible a la verdad". Está bien dicho, pero es muy difícil transformarlo en una praxis política. Como sabemos, los representantes de ese "proceso de argumentación" público son principalmente los partidos en cuanto responsables de la formación de la voluntad política. De hecho, sin duda buscarán sobre todo la consecución de mayorías y así se ocuparán casi inevitablemente de los intereses que prometen satisfacer. Ahora bien, esos intereses a menudo son particulares y no están verdaderamente al servicio del conjunto. La sensibilidad por la verdad se ve siempre arrollada de nuevo por la sensibilidad por los intereses. El Papa considera significativo el hecho de que Habermas hable de la sensibilidad por la verdad como un elemento necesario en el proceso de argumentación política, volviendo a insertar así el concepto de verdad en el debate filosófico y en el político.

Pero entonces se hace inevitable la pregunta de Pilato: ¿Qué es la verdad? Y ¿cómo se la reconoce? ¿Cómo demuestra una razón que es razón verdadera? En cualquier caso, en la búsqueda del derecho de la libertad, de la verdad de la justa convivencia, se debe escuchar a instancias diferentes de los partidos y de los grupos de interés, sin que ello implique en modo alguno querer restarles importancia.

La colaboración de diferentes facultades en la solución de problemas comunes nos recuerda la estructura de la universidad medieval, en la que juntamente con la Facultad de derecho, estaban las Facultades de filosofía y de teología, a las que se encomendaba la búsqueda sobre el ser hombre en su totalidad y, con ello, la tarea de mantener despierta la sensibilidad por la verdad. Se podría decir incluso que este es el sentido permanente y verdadero de ambas Facultades: ser guardianes de la sensibilidad por la verdad, no permitir que el hombre se aparte de la búsqueda de la verdad. Pero, ¿cómo pueden las Facultades de teología y filosofía cumplir esa tarea? Para el Santo Padre, esta pregunta exige un esfuerzo permanente y nunca se plantea ni se resuelve de manera definitiva. En este punto, entonces, el mismo Papa reconoce que tampoco él puede dar propiamente una respuesta, afirma que sólo puede hacer una invitación a mantenerse en camino con esa pregunta, en camino con los grandes que a lo largo de toda la historia han luchado y buscado, con sus respuestas y con su inquietud por la verdad, inquietud que remite continuamente más allá de cualquier respuesta particular.

III. LA EDUCACIÓN: PODEROSO INSTRUMENTO DE ESPERANZA

Los discursos del Santo Padre a la Universidad no tienen la menor sombra de desánimo ante el difícil reto de la educación en los tiempos modernos. Por el contrario, los desarrollos nocivos que han surgido en la sociedad actual apuntan a la particular urgencia de lo que el Papa llama la “caridad intelectual”. Este aspecto de la caridad invita al educador a reconocer que la responsabilidad de llevar a los jóvenes a la verdad es en realidad un acto de amor. Pues en verdad, la dignidad de la educación está en buscar, cuidar y fomentar la perfección y la alegría de los que han de ser formados. Así en la práctica, la “caridad intelectual” defiende la unidad esencial del conocimiento frente a la fragmentación que surge cuando la razón se aparta de la búsqueda de la verdad. La caridad intelectual guía a los jóvenes hacia la profunda satisfacción de poder ejercer la libertad con respecto a la verdad, y así les impulsa a formular la relación entre la fe y los diversos aspectos de la vida familiar y civil. Una vez que se ha despertado en ellos la pasión por la plenitud y la unidad de la verdad, los jóvenes estarán seguramente contentos de descubrir que la cuestión sobre lo que pueden conocer les abre a la gran aventura de lo que deben hacer. Entonces experimentarán “en qué” y “en quién” pueden esperar y se animarán a ofrecer su contribución a la sociedad de un modo que genere esperanza para los demás.

El Santo Padre sugiere que el educador debe tener en cuenta la dinámica entre encuentro personal, conocimiento y testimonio cristiano, pues los tres elementos son parte integrante de la *diakonia* de la verdad. Es significativo que a lo largo de su discurso a los Educadores Católicos en Washington⁸, el Papa insiste sobre el testimonio de vida de los educadores, y les exhorta continuamente a ser testigos de la esperanza. Les invita a nutrir su testimonio con la oración, y a vivir en primera persona la verdad que proponen a sus estudiantes.

Ciertamente la revelación de Dios ofrece a cada generación la posibilidad de descubrir la verdad última sobre la propia vida y sobre el fin de la historia, pero esta tarea no es nunca fácil: implica a toda la comunidad cristiana y motiva a cada generación de educadores cristianos a garantizar que el poder de la verdad de Dios impregne todas las dimensiones de las instituciones a las que sirven. En donde se abra espacio a esta motivación, la Buena Noticia de Cristo puede actuar, guiando tanto al docente como al estudiante hacia la verdad objetiva que, trascendiendo lo particular y lo

⁸ Cf. BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad Católica de América, abril de 2008.

subjetivo, apunta a lo universal y a lo absoluto, haciéndonos capaces de proclamar con confianza la esperanza que no defrauda (cf. *Rm* 5,5). Frente a los conflictos personales, la confusión moral y la fragmentación del conocimiento, los nobles fines de la formación académica y de la educación, fundados en la unidad de la verdad y en el servicio a la persona y a la comunidad, se convierten en un poderoso instrumento de esperanza.

¿En qué consiste lo específico de la educación católica?

La identidad católica de una Universidad o de una Escuela no es simplemente cuestión del número de estudiantes católicos inscritos en ella. Es cuestión de convicción. Así lo plantea el Santo Padre a los educadores de instituciones católicas, exhortándoles a hacer un serio discernimiento sobre la autenticidad de su identidad como católicos:

¿Creemos realmente que sólo en el misterio del Verbo encarnado se esclarece verdaderamente el misterio del hombre (cf. *Gaudium et spes*, 22)? ¿Estamos realmente dispuestos a confiar todo nuestro yo, inteligencia y voluntad, mente y corazón, a Dios? ¿Aceptamos la verdad que Cristo revela? En nuestras universidades y escuelas ¿es “tangible” la fe? ¿Se expresa férvidamente en la liturgia, en los sacramentos, por medio de la oración, de los actos de caridad y en la solicitud por la justicia y el respeto por la creación de Dios? Solamente asumiendo estas actitudes damos realmente testimonio de la identidad católica que sostenemos⁹.

Desde esta perspectiva, el Papa invita a reconocer que la “crisis de verdad” contemporánea está radicada en una “crisis de fe”. Únicamente mediante la fe podemos dar libremente nuestro asentimiento al testimonio de Dios y reconocerlo como el garante trascendente de la verdad que Él revela. Una vez más, vemos por qué el promover la intimidad personal con Jesucristo y el testimonio comunitario de su verdad que es amor, es indispensable en las instituciones formativas católicas. De hecho, todos vemos y observamos con preocupación la dificultad o la repulsa que muchas personas tienen hoy para entregarse a sí mismas a Dios. Mientras se ha buscado diligentemente atraer la inteligencia de los jóvenes, el Papa se pregunta si quizás se ha descuidado educar su voluntad. Como consecuencia, observamos preocupados que la noción de libertad se ha distorsionado. La libertad no es optar por no hacer nada; es optar por participar— es una participación en el Ser mismo. La libertad auténtica jamás puede ser alcanzada alejándose de Dios. Tal opción significaría descuidar la verdad genuina que necesitamos para comprendernos a nosotros mismos. Por eso, suscitar entre los jóvenes el deseo de un acto de

⁹ BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad Católica de América, abril de 2008.

fe, animándolos a comprometerse con la vida eclesial que nace de este acto de fe, es una responsabilidad particular de cada educador. Así es como la libertad alcanza la certeza de la verdad. Eligiendo vivir de acuerdo a esta verdad, abrazamos la plenitud de la vida de fe que se nos da en la Iglesia. La educación a la libertad verdadera es también un punto específico de la educación católica.

Así pues, está claro que la identidad católica no depende de las estadísticas. Tampoco se la puede equiparar simplemente con la ortodoxia del contenido de los cursos. La identidad católica exige e inspira mucho más, a saber, que todos los aspectos de las instituciones educativas católicas reflejen una vida eclesial de fe. El Papa lo expresa con las siguientes palabras:

Solamente en la fe puede encarnarse la verdad y la razón auténticamente humana, solamente en la fe puede hacerse capaz de dirigir la voluntad por el camino de la libertad (cf. *Spe salvi*, 23). Así, viviendo la fe, las instituciones católicas ofrecen una contribución vital a la misión de la Iglesia y sirven eficazmente a la sociedad. Han de ser lugares en los que se reconoce la presencia activa de Dios en los asuntos humanos y en los que cada joven descubre la alegría de entrar en “el ser para los demás” de Cristo (cf. *ibid.*, 28).¹⁰

La educación en la fe purifica la razón

La misión, primaria en la Iglesia, de evangelizar, en la que las instituciones educativas juegan un papel crucial, está en consonancia con la aspiración fundamental de la nación de desarrollar una sociedad verdaderamente digna de la dignidad de la persona humana. A veces, sin embargo, se cuestiona el valor de la contribución de la Iglesia al *forum* público. Por esto es importante recordar que la verdad de la fe y la de la razón nunca se contradicen¹¹. La misión de la Iglesia la compromete en la lucha que la humanidad mantiene por alcanzar la verdad. Al exponer la verdad revelada, la Iglesia sirve a todos los miembros de la sociedad purificando la razón, asegurando que ésta permanezca abierta a la consideración de las verdades últimas. Recurriendo a la sabiduría divina, proyecta luz sobre el fundamento de la moralidad y de la ética humana, y recuerda a todos los grupos sociales que no es la praxis la que crea la verdad, sino que es la verdad la que debe servir de cimiento a la praxis. Lejos de amenazar la tolerancia de la legítima diversidad, una contribución

¹⁰ BENEDICTO XVI. Discurso en la Universidad Católica de América, abril de 2008.

¹¹ Cf. Concilio Ecuménico Vaticano I, Const. dogm. *Dei Filius* sobre la fe católica, IV: DS3017; S. Agustín, *Contra Academicos*, III, 20,43. El Santo Padre reenvía a ambos textos en su discurso.

así ilumina la auténtica verdad que hace posible el consenso, y ayuda a que el debate público se mantenga razonable, honesto y responsable.

Cuando Jesús envió a sus discípulos a predicar, les dio también el poder de expulsar a los demonios (cf. Mc 3, 14). Tal tarea de «exorcizar» se extiende todavía hoy a la misión que tienen los mensajeros de Jesús de iluminar el mundo por medio de la *ratio* que proviene de la Razón eterna y creadora. Así lo explica el Santo Padre al comentar ese pasaje del evangelio:

El mundo procede de la Razón eterna, y sólo esa Razón creadora es el verdadero poder sobre el mundo y en el mundo. Sólo la fe en el único Dios libera y «racionaliza» realmente el mundo. Donde, en cambio, desaparece la fe, el mundo es más racional sólo en apariencia. En realidad, cuando desaparece la fe hay que admitir a las fuerzas del azar, que no se pueden definir; la «teoría del caos» se pone a la par del conocimiento de la estructura racional del mundo y deja al hombre ante incógnitas que no puede resolver y que limitan el aspecto racional del mundo. «Exorcizar», iluminar el mundo con la luz de la *ratio* que proceda de la Razón eterna y creadora, así como de su bondad salvadora: ésta es una tarea central y permanente de los mensajeros de Cristo Jesús¹².

CULTURA DE LA PALABRA

Universidad y Monasterio: lugares de búsqueda

Tanto la Universidad como el Monasterio son lugares de búsqueda. El origen de la Universidad está en la búsqueda de la verdad y el monasterio nació como lugar específico para la búsqueda de Dios. Ambos lugares tienen además un camino común para alcanzar su objetivo: la Palabra – *Logos*. La universidad ha de realizar sus investigaciones en la amplitud de la razón – *logos*, y el monasterio busca a Dios también en la escucha atenta de la Palabra que se ha revelado a sí misma como *Logos* (Jn 1,1). Así encontramos enormes semejanzas entre el espíritu de búsqueda de Dios que dio origen a los monasterios y el anhelo por la verdad del que nació la universidad.

Consciente de la riqueza intelectual y de la sabiduría vivencial que inundaba el ambiente monástico, el Santo Padre presentó en su discurso al mundo de la cultura, en París¹³, una rica exposición de la vida monástica

¹² BENEDICTO XVI, *Jesús de Nazaret*, Ciudad del Vaticano 2007, pp. 212-213.

¹³ Cf. BENEDICTO XVI. Discurso en el *Collège des Bernardins* de París, septiembre de 2008

que puede aportar mucho al tema de la búsqueda de la verdad en la Universidad. Seguiremos la exposición del Santo Padre tratando de percibir en la vida monástica el espíritu de búsqueda sincera que pueda animar la vida universitaria de hoy.

***Quaerere Deum*, buscar a Dios**

Volviendo el pensamiento a los orígenes del monaquismo occidental, el Papa recordó como ante la fractura cultural provocada por las migraciones de los pueblos y el nuevo orden de los Estados, los monasterios eran los lugares en los que sobrevivían los tesoros de la vieja cultura y en los que se iba formando poco a poco una nueva cultura, aunque la intención de los monjes realmente no era crear una cultura nueva y ni siquiera conservar una cultura del pasado. Su motivación era mucho más elemental. Su objetivo era: *quaerere Deum*, buscar a Dios. En la confusión de un tiempo en que nada parecía quedar en pie, los monjes querían dedicarse a lo esencial: buscaban a Dios. Querían pasar de lo secundario a lo esencial, a lo que es sólo y verdaderamente importante y fiable. Detrás de lo provisional buscaban lo definitivo.

También los jóvenes universitarios buscan algo más que un título de estudios, algo que vaya más allá de un mero empleo, seguro, pero aburrido. Buscan algo definitivo:

El impulso de ir más allá de lo habitual está en cada generación. Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente. San Agustín tenía razón: nuestro corazón está inquieto, hasta que no descansa en Ti. El deseo de la vida más grande es un signo de que Él nos ha creado, de que llevamos su “huella”. Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz¹⁴.

La búsqueda de la verdad requiere la cultura de la palabra

Los monjes buscaban a Dios, y como eran cristianos, no se trataba de una búsqueda por un desierto sin caminos, ni de una expedición hacia el vacío absoluto. Dios mismo había puesto señales de pista, incluso había allanado un camino, y de lo que se trataba era de encontrarlo y seguirlo. El camino de los monjes era la Palabra que se ofrece a los hombres en los

¹⁴ Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, Madrid 2011.

libros de las Sagradas Escrituras. La búsqueda de Dios requiere, pues, por intrínseca exigencia una cultura de la palabra. El deseo de Dios incluye el amor por la palabra, la aspiración por explorar todas sus dimensiones. Porque en la Palabra bíblica Dios está en camino hacia nosotros y nosotros hacia Él, los monjes debían aprender a penetrar en el secreto de la lengua, comprenderla en sus estructuras y en sus modos de expresarse.

Precisamente porque eran necesarias para la búsqueda de Dios, las ciencias profanas tomaron importancia en el estudio monástico, pues señalan los caminos hacia la comprensión de la lengua. Así, puesto que la búsqueda de Dios exigía la cultura de la palabra, la biblioteca formaba parte integrante del monasterio. Por el mismo motivo forma parte también de él la escuela, en la que concretamente se abre el camino de la palabra. El monasterio sirve a la *eruditio*, a la formación y a la erudición del hombre – una formación con el objetivo último de que el hombre aprenda a servir a Dios. Pero esto comporta evidentemente también la formación de la razón, la erudición, por la que el hombre aprende a percibir entre las palabras la Palabra.

No es difícil entrever el germen del que nacerían las universidades en los monasterios con sus escuelas y sus bibliotecas. La aportación de la cultura monástica se percibe ya en la cuna de la universidad, si se piensa, solo por mencionar un ejemplo, en la labor de los dominicos en la universidades medievales de Bolonia, Oxford, Colonia, y París.

La comprensión de la Palabra va más allá de la letra

Para entender la cultura de la palabra que surgió en el ambiente monástico es preciso referirse a la particularidad del Libro en el que la Palabra ha salido al encuentro de los monjes: la Biblia. Vista bajo el aspecto puramente histórico o literario, la Biblia no es simplemente un libro, sino una colección de textos literarios, cuya redacción duró más de un milenio. No es fácil reconocer la unidad interior de los libros bíblicos. Existen incluso tensiones evidentes entre sus partes. Por este motivo en el Nuevo Testamento la Biblia normalmente no se califica como “la Escritura”, sino como “las Escrituras”, que sin embargo en su conjunto luego se consideran como la única Palabra de Dios dirigida a nosotros. Pero ya este plural evidencia que aquí la Palabra de Dios nos alcanza sólo a través de la palabra humana, a través de las palabras humanas, es decir que Dios nos habla sólo a través de los hombres, mediante sus palabras y su historia.

Podemos decir entonces que el aspecto divino de la Palabra y de las palabras no es inmediatamente perceptible, no es obvio a primera vista. Dicho con lenguaje moderno: la unidad de los libros bíblicos y el carácter

divino de sus palabras no se pueden comprender desde un punto de vista puramente histórico.

En consecuencia, la Escritura precisa de la interpretación, y precisa de la comunidad en la que se ha formado y en la que es vivida. En ella tiene su unidad y en ella se despliega el sentido que aúna el todo. Dicho de otro modo: existen dimensiones del significado de la Palabra y de las palabras, que se desvelan sólo en la comunión vivida de esta Palabra que crea la historia. Por eso el «*Catecismo de la Iglesia Católica*» con toda razón puede decir que el cristianismo no es simplemente una religión del libro en el sentido clásico (cf. n. 108). El cristianismo capta en las palabras la Palabra, el *Logos* mismo, que despliega su misterio a través de la multiplicidad y de la realidad de una historia humana.

Esta estructura especial de la Biblia es un desafío siempre nuevo para cada generación. Por su misma naturaleza excluye todo lo que hoy se llama fundamentalismo. La misma Palabra de Dios, de hecho, nunca está presente ya en la simple literalidad del texto. Para alcanzarla se requiere un trascender y un proceso de comprensión, que se deja guiar por el movimiento interior del conjunto y por ello debe convertirse también en un proceso vital. Siempre y sólo en la unidad dinámica del conjunto los muchos libros forman *un* Libro, la Palabra de Dios y la acción de Dios en el mundo se revelan solamente en la palabra y en la historia humana.

Todo el dramatismo de este tema está iluminado en los escritos de san Pablo. El significado que tiene el trascender de la letra y su comprensión únicamente a partir del conjunto, lo ha expresado de manera drástica en la frase: «La letra mata, pero el Espíritu da la vida» (2 Cor 3, 6). Y también: «Donde está el Espíritu,... ahí está la libertad» (2 Cor 3, 17). La grandeza y la amplitud de esta visión de la Palabra bíblica sólo se puede comprender si se escucha a Pablo profundamente y se comprende entonces que ese Espíritu liberador tiene un nombre y que la libertad tiene por tanto una medida interior: «El Señor es el Espíritu, y donde hay el Espíritu del Señor hay libertad» (2 Cor 3,17). El Espíritu liberador no es simplemente la propia idea, la visión personal de quien interpreta. El Espíritu es Cristo, y Cristo es el Señor que nos indica el camino.

Con la palabra sobre el Espíritu y sobre la libertad se abre un vasto horizonte, pero al mismo tiempo se pone una clara limitación a la arbitrariedad y a la subjetividad, un límite que obliga de manera inequívoca al individuo y a la comunidad y crea un vínculo superior al de la letra: el vínculo del entendimiento y del amor.

Esa tensión entre vínculo y libertad, que sobrepasa el problema literario de la interpretación de la Escritura, ha determinado también el pensamiento y la actuación del monaquismo y ha plasmado profundamente la cultura occidental. Esa tensión se presenta de nuevo también a nuestra generación

como un reto frente a los extremos de la arbitrariedad subjetiva, por una parte, y del fanatismo fundamentalista, por otra.

En particular, la Universidad puede aprender mucho de la cultura monástica y de su comprensión de la Palabra, pues al no limitarse a la literalidad técnica del vocabulario, va más allá, hacia una visión más amplia y unitaria de la realidad. Esta noción podría sin duda ayudar a tantas disciplinas universitarias a redescubrir la amplitud de la razón, y a superar el reduccionismo positivista con su pretensión de certeza absoluta basada solamente en la experimentación verificable.

Cultura de la palabra y cultura del trabajo

Una de los objetivos de la Universidad es formar a los jóvenes para el futuro trabajo que realizarán al servicio de la sociedad. En el monasterio el estudio no está separado del trabajo. San Benito fundó su escuela monástica sobre el lema «*ora et labora*». Ambos pilares, tanto la oración a la escucha de la Palabra como el trabajo manual, sostenían la vida monástica en un justo equilibrio que surgía de un profundo conocimiento del alma humana.

Esto no era así en el mundo griego, en donde el trabajo físico se consideraba tarea de siervos. El sabio, el hombre verdaderamente libre se dedicaba únicamente a las cosas espirituales; dejaba el trabajo físico como algo inferior a los hombres incapaces de la existencia superior en el mundo del espíritu. Absolutamente diversa era la tradición judaica: todos los grandes rabinos ejercían al mismo tiempo una profesión artesanal. Pablo que, como rabino y luego como anunciador del Evangelio a los gentiles, era también tejedor de tiendas y se ganaba la vida con el trabajo de sus manos, no constituye una excepción, sino que sigue la común tradición del rabinismo. El monaquismo acogió esa tradición; el trabajo manual es parte constitutiva del monaquismo cristiano.

Los cristianos de los primeros siglos, que continuaban la tradición ampliamente practicada por el judaísmo, tenían que sentirse cuestionados por la palabra de Jesús en *el Evangelio de Juan*, con la que defendía su actuar en sábado: «Mi Padre sigue actuando y yo también actúo» (5, 17). El mundo greco-romano no conocía ningún Dios Creador; la divinidad suprema, según su manera de pensar, no podía, por decirlo así, ensuciarse las manos con la creación de la materia. «Construir» el mundo quedaba reservado al demiurgo, una deidad subordinada. Muy distinto se presentó el Dios cristiano: Él, el Uno, el verdadero y único Dios, es también el Creador. Dios trabaja; continúa trabajando en y sobre la historia de los hombres. En Cristo entra como Persona en el trabajo fatigoso de la historia. «Mi Padre sigue actuando y yo también actúo». Dios mismo es el Creador del mundo, y la creación todavía no ha concluido. ¡Dios trabaja!

Así el trabajo de los hombres tenía que aparecer como una expresión especial de su semejanza con Dios y el hombre, de esta manera, tiene capacidad y puede participar en la obra de Dios en la creación del mundo. Del monaquismo forma parte, junto con la cultura de la palabra, una cultura del trabajo, sin la cual el desarrollo de Europa, su *ethos* y su formación del mundo son impensables.

La educación para el trabajo se recibe también en la Universidad. Quien trabaja en la fe de saber que con su trabajo colabora con el Dios Creador seguramente encontrará también la capacidad de desarrollar los talentos creativos con los que Dios le ha dotado, como lo dice el mismo Papa: «es bueno que todo trabajador tenga la posibilidad de dar la propia aportación creativa a su labor, de modo que él mismo sea consciente de que está trabajando en algo propio. Por eso, Pablo VI enseñaba que “todo trabajador es un creador”»¹⁵. La Universidad es el sitio apropiado para aprender a trabajar los propios talentos y formarse en la sana cultura del trabajo.

¹⁵ BENEDICTO XVI. Carta Encíclica *Caritas in veritate*, n. 41. Ciudad del Vaticano, 29 de junio de 2009.

CONCLUSIÓN

La actitud de fondo de los monjes era el *quaerere Deum* –la búsqueda de Dios. Podríamos decir que ésta es la actitud verdaderamente filosófica: mirar más allá de las cosas penúltimas y lanzarse a la búsqueda de las últimas, las verdaderas. Quien se hacía monje, avanzaba por un camino largo y profundo, pero había encontrado ya la dirección: la Palabra de la Biblia en la que oía que hablaba el mismo Dios. Entonces debía tratar de comprenderle, para poder caminar hacia Él. Así el camino de los monjes se desarrolla ya dentro de la Palabra acogida. La búsqueda de los monjes, en algunos aspectos, comporta ya en sí mismo un hallazgo. Sucede pues, para que esa búsqueda sea posible, que previamente se da ya un primer movimiento que no sólo suscita la voluntad de buscar, sino que hace incluso creíble que en esa Palabra está escondido el camino –o mejor: que en esa Palabra Dios mismo se hace contradictorio con los hombres y por eso los hombres a través de ella pueden alcanzar a Dios. El deseo de Dios de darse a conocer a los hombres y el deseo innato de cada ser humano de conocer la verdad, proveen el contexto en el que el hombre puede adentrarse en la búsqueda del significado de la vida.

Buscar a Dios y dejarse encontrar por Él

Para que se abra un camino hacia el corazón de la Palabra bíblica como Palabra de Dios, esa misma Palabra debe antes ser anunciada desde el exterior. La expresión clásica de esa necesidad de la fe cristiana de hacerse comunicable a los otros es una frase de la *Primera Carta de Pedro*, que en la teología medieval era considerada la razón bíblica para el trabajo de los teólogos: «Estad siempre prontos para dar razón (*logos*) de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere» (3,15). (El *Logos*, la razón de la esperanza, debe hacerse *apo-logia*, debe llegar a ser respuesta). De hecho, los cristianos de la Iglesia naciente no consideraron su anuncio misionero como una propaganda, que debiera servir para que el propio grupo creciera, sino como una necesidad intrínseca derivada de la naturaleza de su fe: el Dios en el que creían era el Dios de todos, el Dios uno y verdadero que se había mostrado en la historia de Israel y finalmente en su Hijo, dando así la respuesta que tenía en cuenta a todos y que, en su intimidad, todos los hombres esperan. La universalidad de Dios y la universalidad de la razón abierta hacia Él constituían para ellos la motivación y también el deber del anuncio. Para ellos la fe no pertenecía a las costumbres culturales, diversas según los pueblos, sino al ámbito de la verdad que igualmente tiene en cuenta a todos.

Lo más profundo del pensamiento y del sentimiento humano sabe en cierto modo que Él tiene que existir. Que en el origen de todas las cosas

debe estar no la irracionalidad, sino la Razón creativa; no el ciego destino, sino la libertad. Sin embargo, pese a que todos los hombres en cierto modo sabemos esto –como Pablo subraya en la *Carta a los Romanos* (1, 21)– ese saber permanece irreal: Un Dios sólo pensado e inventado no es un Dios. Si Él no se revela, nosotros no llegamos hasta Él. La novedad del anuncio cristiano es la posibilidad de decir ahora a todos los pueblos: Él se ha revelado. Él personalmente. Y ahora está abierto el camino hacia Él. La novedad del anuncio cristiano no consiste en un pensamiento sino en un hecho: Él se ha mostrado. Pero esto no es un hecho ciego, sino un hecho que, en sí mismo, es *Logos* –presencia de la Razón eterna en nuestra carne. *Verbum caro factum est* (Jn 1,14): precisamente así en el hecho ahora está el *Logos*, el *Logos* presente en medio de nosotros. El hecho es razonable. Ciertamente hay que contar siempre con la humildad de la razón para poder acogerlo; hay que contar con la humildad del hombre que responde a la humildad de Dios.

Quaerere Deum –buscar a Dios y dejarse encontrar por Él: esto hoy no es menos necesario que en tiempos pasados. Una cultura meramente positivista que circunscribiera al campo subjetivo como no científica la pregunta sobre Dios, sería la capitulación de la razón, la renuncia a sus posibilidades más elevadas y consiguientemente una ruina del humanismo, cuyas consecuencias tendrían que ser graves.

Lo que es la base de la cultura de Europa, la búsqueda de Dios y la disponibilidad para escucharle, sigue siendo aún hoy el fundamento de toda verdadera cultura.

CLAVES DEL PENSAMIENTO DE BENEDICTO XVI SOBRE LA UNIVERSIDAD

*Una mirada a los discursos del Santo Padre
en los ambientes académicos de Ratisbona,
Roma, Washington D.C. y París*

TABLA DE CONTENIDOS

INTRODUCCIÓN

¿Qué le puede y qué le debe decir el Papa a la Universidad?

I. FE Y RAZÓN EN LA UNIVERSIDAD

El encuentro entre la fe bíblica y el filosofar griego

El nacimiento de la Universidad

Fe y razón en la Universidad moderna

Reduccionismo de la razón

La gran tarea de la Universidad: redescubrir la amplitud de la razón

Filosofía y Teología: más allá del dato científico

Mantener despierta la sensibilidad por la verdad

**II. LA EDUCACIÓN: PODEROSO INSTRUMENTO DE
ESPERANZA**

¿En qué consiste lo específico de la educación católica?

La educación en la fe purifica la razón

III. LA CULTURA DE LA PALABRA

Universidad y Monasterio: lugares de búsqueda

Quaerere Deum, buscar a Dios

La búsqueda de la verdad requiere la cultura de la palabra

La comprensión de la Palabra va más allá de la letra

Cultura de la palabra y cultura del trabajo

CONCLUSIÓN

Buscar a Dios y dejarse encontrar por Él

